

JIMÉNEZ TORRES, David, *La palabra ambigua. Los intelectuales en España (1889-2019)*, Barcelona, Taurus, 2023, 284 pp.

DARÍO LUQUE MARTÍNEZ
Universidad Pompeu Fabra

Desde que la historia de los intelectuales se escindió, con cierta discreción, de la historia cultural al uso, no han sido pocos los intentos de definir el término «intelectual». François Dosse (2006: 19), por ejemplo, diferenció dos formas de interpretar el concepto: según él, podría hacer referencia a individuos que trabajan con la mente —en oposición, pues, a la labor manual— o, dando por hecho esa primera opción, también podría aludir a individuos que harían del debate público y de la lucha política sus principales espacios de acción. Más recientemente, Stefan Collini (2006: 45-52) ha observado el cruce de tres significaciones distintas en este mismo término: un *sentido sociológico*, relacionado con el nivel educativo; un *sentido subjetivo*, en referencia al interés personal por las ideas y por el pensamiento, y un *sentido cultural*, entendido como la autoridad ejercida por ciertos individuos en el campo cultural. La vaguedad de la palabra, sea por imprecisión o por polisemia, sigue a día de hoy dificultando el conocimiento de un fenómeno tan importante para la

historia contemporánea como es la figura del intelectual. Ante esta falta de consenso y de claridad en cuanto a la definición del término, David Jiménez Torres propone en *La palabra ambigua. Los intelectuales en España (1889-2019)* un recorrido cronológico por los usos documentados del sustantivo «intelectual», prestando atención tanto al cambio semántico como a los matices pragmáticos e ideológicos que se aprecian en la documentación analizada. El autor se distancia así de trabajos archiconocidos, como los de Gisèle Sapiro (2018), Pascal Ory y Jean-François Sirinelli (1992), sin esconder su afinidad por la historia de los conceptos, tal y como la concibió Reinhart Koselleck.

A riesgo de otorgar a la palabra «intelectual» un crédito que quizás no le corresponde, el autor omite a conciencia los valores negativos que desde sus inicios han rodeado al término. En el primer capítulo del ensayo, «En el principio fue la ambigüedad (1889-1914)», apenas hay cabida para los antecedentes foráneos, como la *intelligentsia* reformis-



ta rusa o la movilización masiva que se produjo en Francia a propósito del caso Dreyfus, y ni siquiera puede rastrearse una mención a los *eruditos a la violeta* contra los que tanto escribieron Cadalso y Feijoo. Estas ausencias quedan justificadas por la intención del ensayista, que no es tanto el análisis de un agente histórico como el de los discursos relacionados con el sustantivo «intelectual». De esta forma, la posibilidad de reconstruir una serie de discursos compartidos por una pluralidad de sujetos permitiría, según el autor, apreciar cómo estos relatos son asimilados, transformados o rechazados por sus emisores y destinatarios. Uno de estos discursos, acaso el más singular para el ámbito hispánico, se caracteriza por el desinterés ante la figura del intelectual e incluso por la incapacidad de ciertos pensadores para reconocerse a sí mismos como tales. Tanto es así que Baroja, Azorín y Unamuno, según las declaraciones y los documentos recogidos en el ensayo, se sintieron incómodos ante esta palabra de límites imprecisos y uso polivalente y, como mucho, la emplearon para definir a sujetos y grupos ajenos, a menudo con un valor peyorativo. Distinto es el caso de Ortega y Gasset (2004: 214-216), que, sin llegar a identificarse con la palabra, no dudó en recurrir a ella en re-

petidas ocasiones, siempre consciente de su ambigüedad. De hecho, el propio título del ensayo remite a un breve y anecdótico comentario que el filósofo madrileño incluyó en un artículo acerca del socialismo y su temprana difusión en Europa.

Lejos de conformarse con exponer las definiciones del concepto y los debates en los que cobró vital importancia, David Jiménez Torres propone otras líneas de análisis que actualiza progresivamente en cada capítulo, a medida que avanza en la historia contemporánea del país. Quizás la más interesante, por ser la que menos atención ha recibido dentro de la historiografía hispánica, es la corriente de «antiintelectualismo» que durante décadas ha cuestionado las presuntas cualidades personales de los intelectuales, así como su legitimidad para intervenir en la esfera pública, su relación con otros grupos como el proletariado y el clero, y su actitud ante la historia nacional. De hecho, muchos de los argumentos esgrimidos por estos críticos ya fueron empleados contra krausistas e institucionistas, una conexión que — por desgracia — el autor no ha querido desarrollar con mayor detalle. En cambio, sí ha profundizado en una variante de este discurso ideológico, la «tesis de la ausencia» (Collini, 2006; Jacoby, 1987: 3-27), sostenida



sobre la popular idea de que no habría en España intelectuales verdaderos, sino meros imitadores de sus homólogos franceses. La deuda de este ensayo con los trabajos de Collini (2006: 5 y 175) queda más patente, si cabe, ante esta «naturaleza menor, epigonal y hasta mediocre» de los intelectuales españoles, pues ello permite al ensayista sugerir una presunta «tesis de la inferioridad» que vendría justificada por razones sociológicas: por lo que el investigador británico describió como *Dreyfus-envy*, es decir, la envidia ante un acontecimiento que facilite la participación de los intelectuales en la vida política. Otro aspecto de interés que se observa en los discursos analizados es la caracterización del intelectual mediante un vocabulario medicalizante, a menudo asociado con la neurastenia, e indisociable de un perfil masculino.

El segundo capítulo del ensayo, «La edad de oro (1914-1936)», pone en duda la cohesión de los intelectuales españoles como grupo, pero no por ello deja de testimoniar sus diversas contribuciones en la evolución del país, tanto a nivel intelectual y formativo (la Junta de Ampliación de Estudios, la Residencia de Estudiantes o *Revista de Occidente*) como

en el ámbito político. A este respecto, resultan de especial interés los documentos y testimonios que recoge Jiménez Torres para esta época, pues ofrecen la posibilidad de caracterizar la actitud que mantuvieron distintos grupos políticos y sociales ante el colectivo de los intelectuales. En el caso del primorrverismo, por ejemplo, el uso de etiquetas irónicas como «pseudointelectuales» o «autointelectuales» y la distinción malintencionada entre «verdaderos» y «falsos» intelectuales evidencia la animadversión que el régimen dictatorial sintió por este grupo, al que acusó de elitista y antipatriótico. Poco después, el discurso fascista de Giménez Caballero y Ledesma Ramos no dudó en recoger estas mismas acusaciones contra la intelectualidad republicana. De hecho, el papel que cumplieron los intelectuales en la instauración del nuevo régimen republicano («La República la han hecho posible los intelectuales», escribió Azorín [1931]) ponía de relieve el alcance de su influencia y de su responsabilidad social. No obstante, Jiménez Torres siente la necesidad de matizar esta caracterización positiva del colectivo, de modo que trae a colación la opinión de Maeztu (1969)¹, para quien los intelectuales no eran

¹ Sobre este autor, véase la monografía de JIMÉNEZ TORRES, *David* (2020), *Nuestro hombre en Londres. Ramiro de Maeztu y las relaciones angloespañolas (1898-1936)*, Madrid, Marcial Pons.



intrínsecamente republicanos, revolucionarios y anticatólicos, sino que estos sectores se habían afanado más por producir pensadores o, cuando menos, por atraerlos.

Esta indefectible asociación del intelectual con la movilización republicana y antifranquista desencadena un tendencioso y reprochable maniqueísmo a lo largo de todo el tercer capítulo, «Guerra, dictadura, exilio... diálogo y oposición (1936-1975)». Frente a la estigmatización de la palabra «intelectual» por parte del franquismo, considera Jiménez Torres que el bando republicano se identificó con ella «hasta el punto de monopolizarla», según observa en la reivindicación intelectual de los exiliados como auténticos legatarios de la cultura española. De hecho, el autor llega a hablar de una «patrimonialización» del sustantivo por parte del bando republicano, un fenómeno que el franquismo no se cansó de subrayar en publicaciones propagandísticas como *Los causantes de la tragedia hispana. Un gran crimen de los intelectuales españoles* (1938) de Constanancio Eguía Ruiz, *Los intelectuales y la tragedia española* (1938) de Enrique Suñer o el libro colectivo *Una poderosa fuerza secreta: la Institución Libre de Enseñanza* (1940). El análisis de este argumentario reaccionario ofrece, en cierta manera, el retrato deformado y grotesco

del intelectual antifranquista desde la opinión contraria, de tal modo que se le imputan rasgos de personalidad indeseables, ideas extranjerizantes e influencias sociopolíticas de dudosa licitud. Sin llegar a romper este maniqueísmo, el autor disemina a lo largo del capítulo algunos perfiles ideológicos que contribuyen a matizar estos dos bandos: por un lado, la afinidad de los intelectuales con el Partido Comunista, con la literatura comprometida (el *engagement* sartreano) y con las movilizaciones antifranquistas por parte de estudiantes y mineros; por otro lado, la paradójica relación entre pensadores y doctrina católica (con las Conversaciones Católicas Internacionales de San Sebastián como centro neurálgico) o los distintos posicionamientos que el conservadurismo adoptó ante la cultura, desde posturas «comprensivas», como las de Joaquín Ruiz-Giménez y Dionisio Ridruejo, hasta otras de signo «excluyente».

Alfonso Comín (1975), ensayista y militante antifranquista, aseguró en *Cuadernos para el Diálogo* que los intelectuales habían ejercido una labor crucial a la hora de preparar el tránsito de la dictadura a la democracia. A la luz de esta postura, en el cuarto capítulo del ensayo, «Dónde están los intelectuales (democráticos) (1975-1982)», Jiménez Torres trata



de descifrar la relación de los intelectuales con el cambio político de la Transición y, sobre todo, el papel que debían desempeñar en la nueva democracia. Sin embargo, la ausencia de documentos políticos —acaso un descuido malintencionado— redirige el análisis discursivo de la palabra «intelectual» hacia su presencia en espacios y debates inéditos hasta el momento. Así, el autor centra su atención en el enfrentamiento que mantuvieron los intelectuales con los nuevos formatos audiovisuales, a pesar de su presencia en programas como *A fondo*, *Entrevista con las letras*, *Trazos* o *La clave*. De igual manera, también ofrece un escueto análisis de los distintos posicionamientos que se defendieron desde el mundo de la cultura ante la violencia terrorista, bien como adversarios o bien como instigadores o cómplices de los crímenes. Nada dice el autor, en cambio, sobre la violencia de los regímenes dictatoriales a los que tantas páginas ha dedicado en capítulos anteriores. Su análisis de este período se cierra con un viraje hacia la pluralidad, hacia fenómenos que hicieron del intelectual una masa comunal, como *El País* —«el “intelectual colectivo” de la joven democracia española»— o como los numerosos manifiestos colectivos que proliferaron en esos años.

No ha de extrañar, dada la deriva democrática del país, que los episodios de movilización colectiva se convirtieran en una constante a lo largo de los años ochenta y noventa, tal y como observa el autor en el quinto capítulo del ensayo, «¿La muerte del intelectual? (1982-2008)». Siguiendo de cerca a Santos Juliá (2014), Jiménez Torres se acerca a los manifiestos de aquellos años con la intención de diagnosticar «la frivolidad, el elitismo y la falta de perspectiva de los intelectuales». Lejos de preguntarse por las derivas de la intelectualidad tras la victoria histórica de Felipe González —o por las relaciones de este colectivo con episodios tan importantes como la entrada de España en la Comunidad Económica Europea, el referéndum sobre la entrada del país en la OTAN o la Primera guerra del Golfo—, el autor centra su análisis en una hipotética pérdida de credibilidad de los intelectuales, derivada según él de su asociación con los regímenes comunistas de las décadas precedentes, o bien debida a su cercanía con el poder político durante los gobiernos socialistas. De una forma u otra, el ensayo parece responsabilizar a la izquierda política de la pretendida «muerte» del intelectual, pero ignora en todo momento la posibilidad de que su crisis o desaparición —en



caso de ser cierta — pueda haber sido provocada por las transformaciones que vivió el mundo cultural en las últimas décadas del siglo xx.

El sexto y último capítulo del ensayo, «No estaban muertos, estaban traicionando (2008-2019)», vierte de nuevo todo un marasmo de opiniones y de ideas preconcebidas por encima de la figura del intelectual, de quien ahora se denuncia «su traición, su silencio, su desfachatez», así como su complicidad ante situaciones de injusticia y desamparo, como la crisis de la soberanía en Cataluña o la crisis financiera de 2008. Mayores aciertos pueden leerse en las páginas dedicadas a las manifestaciones del 15 de marzo de 2011, que enfrentaron a las nuevas generaciones, críticas con el régimen del 78, contra sus más vehementes defensores. Sin embargo, David Jiménez Torres tiene claras sus reticencias ante los in-

telectuales contemporáneos; de ahí que, en vez de cerrar su ensayo con un análisis de aquellos jóvenes que sí consiguieron orientar el debate público, lo haga con un afable acercamiento a los postulados antiintelectuales de Ignacio Sánchez-Cuenca (2016), que denunció la arrogancia y el «gregarismo irreflexivo» de los intelectuales españoles en los tiempos más recientes. De esta forma, el autor consigue alinearse con una tradición que él mismo ha caracterizado a lo largo del ensayo, y lo hace sin capitular ante la beligerancia y la deshonestidad que identifican a esta corriente de pensamiento. Esa capacidad de moderación, infrecuente en cierto sector político, frena al autor antes de convertir el ensayo en el panfleto ideológico que podría haber sido, pero al mismo tiempo le impide alcanzar el rigor académico que requiere un texto de estas características.



Referencias bibliográficas

- DOSSE, François (2006), *La marcha de las ideas. Historia de los intelectuales, historia intelectual*, Valencia, Publicacions de la Universitat de València.
- COLLINI, Stefan (2006), *Absent Minds. Intellectuals in Britain*, Oxford, Oxford University Press.
- SAPIRO, Gisèle (2018), *Los intelectuales: profesionalización, politización, internacionalización*, Argentina, Eduvim.
- ORY, Pascal y Sirinelli, Jean-François (1992), *Les intellectuels en France: de l'affaire Dreyfus à nos jours*, París, A. Colin.
- ORTEGA Y GASSET, José (2004) «El recato socialista», *El Imparcial*, 2 de septiembre de 1908, en *Obras completas. Tomo I (1902-1915)*, Madrid, Taurus, pp. 214-216.
- JACOBY, Russell (1987), *The Last Intellectuals. American Culture in the Age of the Academe*, Nueva York, Basic Books.
- AZORÍN (4 de junio de 1931), «La República es de los intelectuales», *Crisol*.
- MAEZTU, Ramiro (1969), *Los intelectuales y un epílogo para estudiantes*, Madrid, Rialp.
- COMÍN, Alfonso (1975), «En el umbral de la esperanza», *Cuadernos para el Diálogo*, n.º 147.
- JULIÁ, Santos (2014), *Nosotros, los abajo firmantes. Una historia de España a través de manifiestos y protestas (1896-2013)*, Barcelona, Galaxia Gutenberg.
- SÁNCHEZ-CUENCA, Ignacio (2016), *La desfachatez intelectual*, Madrid, Catarata.

